

cedor del Africa y de España estuvo á la vergüenza todo un dia con un sol abrasador, y se le multó, sobre haber sido azotado, en cien mil mitkales, y unos doscientos mil duros. El Rasi y Ebn Kalkan hablan de doscientos mil mitkales.

Estrañísima nacion en que tan tremendos castigos no eran ni por asomo afrentosos; pues tras este quebranto permaneció Muza en Damasco, complaciéndose Soleiman en hacer que se esplayase el guerrero veterano acerca de sus victorias en el Almagreb y en España. En medio de sus demasias con Tarec, era Muza sugeto de alcances peregrinos y de un denuedo incontrastable; y ansiaba el califa enterarse de aquellas novedades sobre sus posesiones Occidentales por la boca misma de uno de los héroes que las habian conquistado. Un historiador de Granada, Afí ben Abd el Rahman ben Hudell, ha conservado una de aquellas conversaciones, que rebosa del temple verdaderamente arábigo. Gustaba Muza de hablar de sus campañas, y preguntándole un dia Soleiman acerca de los pueblos que habia visto: «¿Has visto gente valerosa en cuanto has andado? le dijo el califa.—Mas, señor, de lo que pudiera ponderar; contestó Muza.—Pues, háblame de los cristianos.—Son, dijo Muza, leones en sus castillos, águilas á caballo, y mujeres en los batallones de infantería: se abalanzan á la coyuntura cuando es propicia; pero en la derrota, allá corren por las sierras mas veloces que cabras; ni se les ve tocar la tierra con los pies.—¿Y qué me mentas de los bereberes?—Se nos parecen, dijo Muza, en el modo de embestir, de pelear y de mantenerse, como tambien por el aguante en la fatiga, por sus rostros y sus costumbres amistosas; mas son los mas alevosos del orbe, sin palabra y sin cumplimiento de tratados ni promesas.—¿Y qué me dices de los de Frandjat?—Son muchísimos, arrebatados y valientes en el avance y en la pelea, pero medrosos y apocados en los fracasos.—¿Y cómo te has manejado con tantos pueblos, los has derrotado ó te han vencido?—Vencido! en cuanto á eso, nada, vive Dios y el profeta, replicó Muza; nunca mis ejércitos fueron vencidos; jamás quedó derrotado batallon mio, y jamás han titubeado los musulmanes en seguirme cuando los he llevado cuarenta contra ochenta.»

En España, Abdelaziz, tras la partida de su padre encargado del gobierno superior de la conquista, habian planteado un principio de administracion. Habia nombrado para el cobro de los impuestos unos motkisebs (recaudadores) en las ciudades principales ya sojuzgadas, como tambien alcaldes ó magistrados para los negocios civiles; gobernándose

igualmente los españoles con ellos, y teniendo sus jueces, sus obispos, sus sacerdotes, como antes, y por consiguiente vivian desahogados, con sus leyes, y segun las creencias y los ritos de la iglesia hispanogoda, sin depender propiamente de los árabes mas que en cuanto al tributo. Sencilisimas eran sus obligaciones para con el gobierno de la conquista, reduciéndose á dos ó tres puntos principales, que no venian á formar aun para los vencidos aquel vasallaje que estaba en aquel mismo tiempo atropellando las poblaciones galo-romanas de la Galia, bajo el señorio de los francos. Lo que estaban devengando los vencidos respecto á los conquistadores, no tenia cotejo con lo que habian requerido tres siglos antes en la península misma los visigodos vencedores. Abdelaziz pautó el tributo, y su cuota se fijó al quinto de los productos. Variaba sin embargo del quinto al décimo para algunos distritos privilegiados, mas solia ser en virtud de alguna concesion ó tratado particular, alcanzado ya por acatamiento voluntario, ya por capitulacion. Este avasallamiento, decimos, no traia consigo para los españoles ningun asomo de servidumbre, pues la servidumbre romana ó goda, tan estrechamente encarecida en el código de los visigodos, aparece desde aquel tiempo muy variada, y en algunas partes ya estinguida por el resultado de la conquista.

Desapareció desde aquel punto para los cristianos, deponiendo su estampa goda, como planteada en el derecho aristocrático de un corto número de familias para gobernar las otras. La servidumbre entre los nuevos conquistadores, ó mas bien la esclavitud, estaba menos pautada, por decirlo así. Estando sobre el derecho del mas fuerte, no se fundaba sobre el abatimiento relativo y casi sempiterno de ciertas alcurnias; siendo mas bien lance del acaso ó de la suerte que ninguna afrenta acarrearba. Cabia encumbrarse desde la esfera de esclavo á la mas eminente con arrojo y merecimientos, en profesando la fe musulmana, pues en declarándose uno creyente, por el hecho mismo dejaba de ser esclavo; y todo convertido, siriaco, egipcio, bereber ó moro, se hermanaba al golpe en todo con los mahometanos, bajo el único influjo militar y sacerdotal, esto es, el islamismo y el fatalismo de los califas. Tampoco por otra parte la profesion de fe diversa acarrearba de suyo causa ó pretexto de servidumbre, y el ejemplar de los españoles sobre este punto es terminante. Hubo matanzas, esterminios de poblaciones, guarniciones enteras pasadas á degüello por los musulmanes; pero en ninguna parte de España trataron los árabes de plantear la servidumbre. En aviniéndose un pue-



blo á pagar el tributo, se quedaba con su libertad, sus haberes y su religion, y recibia el nombre de *Mostarabe*, por una voz corriente hacia tiempo en el habla de los vencedores, y que significaba *vuelto á hecho árabe* (1).

Contribuyó sobremanera Abdelaziz para ir fundando aquel régimen en España, y suavizó en cuanto le cupo la desventura de los vencidos, valiéndose de la potestad que le franqueaba la victoria con humanidad y comedimiento. Se entabló entonces un sistema de relaciones sociales y aun íntimas entre árabes é indígenas. Una mujer de quien Abdelaziz se enamoró entrañablemente parece que influyó en gran parte en los garbosos proceder del jóven emir (2). Se tendrá presente que entre los rehenes elegidos por Muza en Mérida, se hallaba Ejilona, viuda de Rodrigo. Era hermosa y de suyo erguida y altanera. Vióla Abdelaziz, y quedó traspasado de amor en términos que sus consejos parece fueron los autores de aquella privanza que merecieron siempre á su amante los cristianos. Un crítico español (3), hablando de la viuda de Rodrigo, esclama: «Siempre me causará asombro el que se haya ido á fraguar una Cava, en desdoro de la nacion española, trascordando á Ejila y cuanto hizo aquella mujer esclarecida en consuelo y amparo de la desventurada España.» A ella se debieron las condiciones relevantes concedidas, aun antes de la partida de Muza por Abdelaziz á Teodemiro; y habiéndola Abdelaziz llevado consigo á la España oriental le servia siempre de consejera (4); hecho luego wali, se desposó con ella en Sevilla sin el requisito de que abjurase la fe cristiana, apellidándose con el nombre arábigo de *Omam al Isam*, la madre de los esquisitos collares (5).

(1) Es desacierto el opinar, cómo los autores del Arte de comprobar fechas (t. II, 3.^a parte, p. 589), que el nombre de *Muzárabes* ó *Mozárabes*, aplicado á los cristianos de España, era un recuerdo, como dicen, del nombre, origen y concesiones del vencedor Muza.

(2) Se solia dar igualmente el dictado de wali ó de emir á los gobernadores de la península que dependian del de Africa. Emir, ó mas bien Almir (véase Golio) significa *imperator, princeps, dux, qui aliis quomodocumque praeese, imperatque*.

(3) Faustino Borbon.

(4) Sobre este cariño muy positivo de Abdelaziz á Ejilona, se esmera Mariana, y como historiador, rasguea las costumbres. Descubrió muchas cartas y amorios, pues tras la carta de Cava á su padre, y regala allá la correspondencia galana de los amantes.

(5) Se cuenta que la apellidó tambien Zahra bent Isa, Flor, hija de Isa (Jesus); Por de la alcurnia de Cristo, á de lo s eristia-

Empero aquel enlace del mancebo emir y su conducta amistosa con los cristianos le vinieron á ser azarosos, maliciándolo de incrédulo. Musulmanes fervorosos le tildaron de blandura descompasada con las poblaciones rendidas, de tibio desvío en embestir á las que todavia no lo estaban; y aun se adelantaron á decir que se habia vuelto cristiano; mas el hecho no estriba sobre testimonio positivo, siendo cierto sin embargo que Abdelaziz, por amor de Ejilona, se mostró tan grato con los cristianos, que en concepto de los musulmanes rayaba en traidor. Negoció mas que guerreó, y estuvo siempre llano y garboso con ellos; y á esta mansedumbre debieron los moradores y refugiados de Asturias su desahogo, pues ya se ha visto con qué denuedo habia empezado Muza á irlos acosando, y sin su apeamiento repentino, tal vez los violentara allá en sus guaridas. Ciñó Abdelaziz sus conquistas al estremo de la Lusitania, sin atravesar el Duero, y únicamente sus generales se corrieron por el Nordeste de la península, y tomaron á Pamplona y los tránsitos principales de los montes Albaskenses (sierras de los Vascongados); pero él se avecindó, desde su expedicion de Lusitania, en Sevilla, y se vinculó todo en su desempeño civil.

Mediaron ademas otras causas, que se van á explicar, á favor de los cristianos, y fueron las desavenencias que sobrevinieron desde muy temprano entre los vencedores. Escasean pormenores sobre este punto; mas aplicando el debido ahinco, se sacan á luz los móviles principales de aquellas discordias. Ademas de los enconos mortales entre diversos pueblos que nunca se hermanaron en medio de una religion idéntica, odiándose mutuamente árabes, siriacos, egipcios, moros y bereberes, reinaban ojerizas de tribu á tribu y de alcurnia con alcurnia, y siendo allá hereditarias é indígenas, habian venido acompañando á los conquistadores por el pais rendido. Estallaron desde luego y se abanderizaron las tribus. Brotaron con las competencias ambiciosas de los caudillos, y crecieron despues con el reparto de las posesiones. Estaban los yemenitas por un general, los bereberes por otro y los siriacos se desavenian con los de Egipto. Deshermanáronse asi ya las fuerzas de los musulmanes, y luego mediando la passion de Abdelaziz á Ejilona, quedaron desahogados los cristianos del Norte, pues parece que en el impe-

nos (Véase Monar. Lusitana, tom. II, p. 284); pero se equivoca el autor llamando al novio de Ejilona Abd-el-Mélek, hijo de Tarec. Véase tambien Vestigios de la lingua arábica en Portugal, etc., p. 202.

tu de aquellos altercados primeros, ni aun se acordaron ya de ellos.

Fuese entretanto robusteciendo el cargo repetido contra Abdelaziz, y sonó ruidosa y directamente en los oídos del califa Soleiman, ya de suyo engreído y caviloso. Enconado de antemano con el padre, y receloso de los rencores de sus hijos, poderosísimos en sus gobiernos de Kairuan, de Tanger y de Sevilla, se pagó ansiosamente de aquel pretesto. Espidió una orden de muerte contra Abdelaziz y sus hermanos, enviándola á los cinco oficiales superiores del ejército de ocupacion en España. El primero que la recibió fue Habib-ben-Obeida el Fehri, amigo leal y compañero de Abdelaziz. Quedó atónito y desconsolado, mas era terminante la disposicion del califa (1). Por mas que le repugnaba su cumplimiento, era imprescindible para un musulman obediente. Se conformó; quedaron acordes los cinco caudillos, y por cuanto Abdelaziz tenia pocos enemigos, temerosos de que la tropa, que lo amaba en extremo, se alborotase en su defensa, acordaron sobrecogerle en su casa, y fué Zeyad el encargado de la ejecucion. Refiérese en la forma siguiente: Habia construido á las puertas de la ciudad una especie de pabellon de campaña, contiguo á una mezquita particular, donde habitaba con Ejilona. Allí oraba al aviso del muezin á los fieles, y allí acordaron quitarlo de en medio á la plegaria del amanecer, y para retraer de su bando á la muchedumbre de los musulmanes, tendieron la hablilla de que Abdelaziz era un creyente bastardo y convertido allá encubiertamente á la supersticion trinitaria de los cristianos, que aspiraba á la soberanía y al avasallamiento de los mahometanos todos, y llegaron á decir que Ejilona le estaba todos los días probando una corona parecida á la que llevaba su esposo, Rodrigo el Romano. Estas voces acalararon la turba contra él, y entonces divulgaron la orden del califa.

A pesar de todo, hubo quien quiso oponerse al homicidio de su caudillo, mas en vano; pues Zeyad se internó con los suyos en la mezquita, y al estar Abdelaziz orando al amanecer, le fueron todos alcançando de mancomun. Le cortaron la cabeza y enterraron el cuerpo en el patio de su casa (año 97 de

la egira-715 de J. C.) Llevaron su cabeza á Damasco en una cajilla llena de alcanfor, para depositarla, segun costumbre, á los pies del soberano. Cuéntan que habiendo Muza acudido al palacio á la hora de la audiencia, al estar Soleiman examinando aquel rostro aun espresivo de su propension gallarda y guerrera, incurrió el califa en la barbarie de enseñárselo y preguntarle si lo conocia: «Sí, lo conozco, exclamó denodadamente el anciano, y ¡así la maldicion de Dios caiga sobre el asesino de este varon, que valia mas que él!» Tambien los otros dos hijos de Muza habian sido degollados por orden del califa. ¡Estraño galardón, dice un historiador, reservado por la suerte á las gallardias esclarecidas de aquel hidalgo linage. Muza, traspasado de quebranto, se encaminó á Waldicora, su patria, donde falleció de puro desconsuelo el mismo año de sus hijos, hácia el fin del año 97 de la egira (716).

Murió á poco Soleiman, en cuyo desairado califato por su cobardía, se acabó la grande mezquita-djema de Damasco, en cuya construccion se invirtieron cuarenta cestos de catorce mil doblas de oro cada uno; Yezid-ben-Mahlabi-ben-Abi-Sofia fué estendiendo sus armas por el Asia hasta el Taberistan y el Jeorjian, y su hermano Muslema, encaminándose contra los griegos, sitió á Constantinopla. Feneció Tarec, como Muza, depuesto y arrinconado, sin que se encuentre por los anales musulmanes cómo pasó el vencedor del Guadalete los últimos años de su vida, ni aun la fecha de su nacimiento.

La misma lobreguez viene á reinar sobre el paradero de Ejilona, de Julian y de los hijos de Witiza, opinando unos que fenecieron 'estos últimos en la batalla de Guadalete, y otros que vivieron posteriormente. Los mas de los historiadores tan solo nombran á dos hijos de Witiza, Evan y Sisebuto; un árabe (1) nombra á tres en la forma siguiente: Almondo, Romlah y Artobas, y dice que se hicieron musulmanes, se establecieron en España y tuvieron crecida posteridad; mas no cabe comprobar ahora el aserto de un escritor que vino muchos siglos después, y que no cita autoridades.

Tales fueron los primeros años del señorío árabe en España. La expedicion de los dos caudillos primeros, la que puso la península en manos de los sarracenos, y que purgaron entrambos tan crudamente en una catástrofe igual, comprendió desde el desembarco de Tarec (abril de 711) hasta el apea-

(1) Consta el motivo cierto ó el pretesto de la orden del califa, por Isidoro de Béjar, quien, viviendo con los vencedores, solia alternar á veces en sus impulsos.—Consilio Egilonis reginae conjugis quondam Ruderici regis, quam sibi sociaverat, jugum arabicum á suá cervice conaretur avertere, et regnum invasum Hiberia sibi remeplare. Isid. Pac., Chron., c. 42.

(1) Ibn-el-Khauthyr.

miento de Tarec y de Muza (julio de 715). Gobernó Abdelaziz tras ellos 18 meses.

El perseguidor de Muza falleció el 21 de safar 99 (3 de octubre de 717), tras un reinado de dos años y ocho meses. Sucedió á Soleiman su primo Omar-ben-Abdelaziz; llamábase su madre Omm-Azima, y era hija del gran califa Omar, compañero y leal teniente de Mahoma, y fué apellidado Abu Nafas. El primer día de su reinado, que por lo demás vino á ser igual al de sus antecesores, abolió la práctica de maldecir á Ali en todos los pulpitos de las mezquitas. Fechaba este ejercicio rencoroso del tiempo de Moawiah-ben-Ali-Sofian, quien lo habia instituido en el ímpetu de sus guerras contra el califa con quien estaba batallando por el imperio. La abolió Omar, diciendo: «Mandó Dios la justicia y la beneficencia.»

GOBIERNO DE LOS WALIS, SUCESORES DE ABDELAZIZ.

—AYUB, EL HHOOR, EL SAMAH, AMBESAH, ETC.

—ADMINISTRACION INTERIOR.—INVASION A LA GALIA.—BATALLA DE TOLOSA.—LANCES POSTERIORES.

—ESPEDICION DE ABD EL RAHMAN A AQUITANIA.—

DERROTA DE LOS ARABES EN POITIERS Y MUERTE DE ABD EL RAHMAN.—RESULTADO DE LA DERROTA.

Desde 715 hasta 740.

Gobernaron la España walis, emires ó vireyes, como los apellidan los historiadores españoles, en nombre de los califas de Damasco, desde fines de julio de 711 hasta el tiempo de la revolucion que trasladó allá en el Oriente el califato de los Omiades á los Abasides; y entonces no fué ya una nueva porcion del grandísimo imperio, sino que paró en estado independiente. El trance de aquella mudanza se cifró en la victoria que alcanzó contra Yusuf, Abd el Rahman-ben-Omyah, único vástago que vino á salvarse de la matanza de su alcurnia (15 de mayo de 756). Desde aquel punto asoma la potestad en manos de un emir supremo, y el resultado de aquella novedad fué la fundacion del califato independiente de Córdoba. Veremos ahora los acontecimientos de mayor bulto que fueron ocurriendo al plantear los árabes aquel establecimiento en España.

Al disponer el califa el homicidio del hijo de Muza, trascordó el nombramiento de algun sucesor, y juntándose los generales y musulmanes de mayor gerarquía, nombraron unánimes para wali interino á Ayub, militar experimentado, y sobre todo [ad-

ministrador afinado y esclarecido en las guerras de Africa, y últimamente en las de España. Ayub ben Habi el Lakhmi era de la alcurnia de Muza, y primo hermano del malhadado Abdelaziz (1). La primera gestion de su gobierno fué trasladar su asiento de Sevilla á Córdoba, ciudad que conceptuó, por mas internada y central, como muy adecuada para el solio de las disposiciones, estableciendo allí el divan (*alyduan*) de los árabes (2). Era el divan la junta de los caudillos ó geques, quienes formaban el consejo del gobierno, compuesto principalmente de ancianos: cuya autoridad, como es muy sabido, merecía mas acatamiento entre los antiguos árabes que en ningun otro pueblo, pues solía ser el mas anciano el caudillo de la tribu, no para obrar, sino para aconsejar únicamente; y aun el nombre de geque, anciano propio de aquel mando, significa al mismo tiempo y señor. Ayub, por mas guerrero que fuese, dedicó principalmente su ahinco, durante su breve potestad, al arreglo general de la administracion. Se supone que Ayub repartió la península con suma irregularidad por precision, en cuatro grandes divisiones, torpemente deslindadas en el nombre y en la realidad, á saber, el Norte (al Dju), el Mediodia (al Qeblah), el Levante (al Schargah), y el Poniente (al Garb); y esta última voz asoma todavia en el nombre moderno de una de las provincias de la península. Visitó á Toledo y á Zaragoza, dando siempre oidos á quejas y á descargos de gobernadores, y sentenciando por lo mas justicieramente. La potestad de los walis de poblaciones desviadas, aun de segundo orden, correspondiéndose únicamente con el wali superior de Córdoba, venia á ser absoluta, y se ejercia con despotismo ó con equidad, segun el temple de los empleados; y solo la intervencion frecuente del wali superior mitigaba su tiranía. Fué Ayub apeando á muchos y conservando únicamente á los bienquistos con el pueblo, esto es con los judíos y los cristianos no menos que con los musulmanes. Se detuvo algun tiempo en Zaragoza, una de las plazas mas adelantadas y fuertes que poseian los árabes en España. Hhamesch ben Abdalá el Senaani, uno

(1) Le tildaron, mas al parecer infundadamente, de haber tenido parte en el homicidio de su primo.

(2) Propiamente junta ó poyo para deliberar.—Después se apellidó así el alcaalatorio ú oficina de alcaaleros ó recaudadores. De allí sacaron los españoles el nombre de *aduana*, apropiado genéricamente á los despachos del fisco; y nuestros aduaneros se hallan muy ajenos de creer que la voz aduana sea del idioma del Iemen.

de los caudillos mas aventajados de aquel tiempo, de quien ya hemos hablado, era su gobernador (1). Fué luego Ayub viendo los puertos del Pirineo y colocando cuerpos de observacion por todo aquel antemural de la península. No aparece que tramontase las cumbres, pues era todavía la Galia para los árabes la Tierra Grande, y se asomaban á ella siempre con cierta curiosidad recelosa; y así aunque contaban con su conquista, no les era todavía llegado el trance. Tenian ya sin embargo allá sus atalayas, con guarniciones árabes en los pueblos del vertiente del Pirineo que ahora forma la raya del Rosellon, y varias fortalezas de aquel territorio junto al Tech. Interesábase Ayub en su tránsito por el bien de los pueblos, fué resarciendo en cuanto le cupo los quebrantos de las últimas guerras, repuso las murallas de varias ciudades; y sobre los escombros de Bilbilis construyó el pueblo que se apellidó por él Calatayud (fortaleza de Ayub); pero en medio de su cabal desempeño permaneció poco tiempo en el gobierno. El wali supremo del Africa, Mohamed bed Yezid, de quien dependia, con la órden que tuvo de apear á todos los Lakhmis (de la tribu de Muza), le quitó el mando poniendo en su lugar el Hhorr, el primer emir musulman que haya internado sus algaradas por las tierras de los galo-visigodos, unos ocho años despues del derribo de la monarquía toledana.

El Hhorr ben Abd el Rahman el Thakefi era de temple adusto y emprendedor, y desde su llegada anduvo atropellando violentamente á musulmanes y cristianos por los deslices mas leves con desapiedadada crudeza. Habiéndole delatado algun descamino en la recaudacion de los impuestos, hizo apalear y encarcelar á los reos; y en fin fué tan estremada su destemplanza, que se vino á malquistar con todos los caudillos musulmanes; y habiendo llegado sus quejas al wali de Africa, nombró en su lugar por nuevo gobernador á El Samah, tan decantado en las crónicas y en los poemas de caballería bajo el nombre de Zama.

La opinion mas válida atribuye á El Hhorr la toma de Narbona, y la reduccion de la Septimania al yugo musulman; pero discuerdan los historiadores, y los mas fidedignos nombran á Samah como el primero que verificó la conquista. Para el concepto de estos se ciñó El Hhorr á ciertas correrías violentas, á las algaradas que antecedian por

lo mas entre musulmanes á las expediciones mas formales. Sin embargo el historiador seguido por Condé dice que El Hhorr fué aterrando todo el pais que baña el rio Garumna, á la espalda de los montes de Al Bortat (1). Pero se hace mas probable que si tramontó el Pirineo, fué por el collado de Pertus y los tránsitos de Cervera al extremo oriental, y que sus correrías hollaron el pais entre el Aude y el Mediterráneo, por el interior de Narbona, cuyas cercanias resguardaban un sinnúmero de *clausuras* y *castros*, territorio nuevo y en parte desconocido de los árabes.

Moviéronse en tiempo de El Hhorr, y mientras se apercibia para la conquista de Septimania, los cristianos del Norte de España; apuntando remotamente los autores arábigos aquellos intentos; y aun los cronistas cristianos y contemporáneos escasean de pormenores. Pero cuantos han historiado aquella época mucho despues de los acontecimientos, ponen la primera declaracion de independencia de los asturianos, con D. Pelayo, en 717 ó 718. Refieren los historiadores españoles que habiendo enviado contra él los árabes un general con su ejército, alcanzó D. Pelayo una victoria esplendorosa, acompañada de un sinnúmero de circunstancias sobrehumanas. Referiremos este alzamiento de los asturianos; puntualizaremos eficazmente aquel estado independiente, cuya formacion se atribuye á don Pelayo en Asturias, y que vino á ser la cuna de la monarquía española; diremos quién era aquel caudillo, mas no corresponde á este lugar. Forzoso es poner todo ahinco crítico en la historia de individuos y acontecimientos mas ó menos dudosos, y no constando absolutamente la fecha, es árbitro el historiador de irlos colocando donde lo conceptua mas adecuadamente, prescindiendo del órden cronológico. Iremos pues continuando la historia de los árabes hasta que nos llegue el punto de pararnos á desenmarañar el origen de la monarquía en Asturias, por mas que se nos vayan rezagando fechas hasta el punto en que acudamos á ellas. Diremos aquí únicamente que en el gobierno de El Hhorr hubo en España una sublevacion trabajosa de aplacar, y que por temor de aquella se detuvo el wali á su pesar algunos meses despues de su separacion. A muy poco de este relevo, falleció el califa Omar II, el 25 de redjeb del año 101 de la egira (febrero de

(1) El nombre escrito cuaja en el árabe dos renglones.

(1) *Djebal al Bortat* (montañas de los puertos) arabizando la voz bárbara latina *portas*.

719), sucediéndole Yezid ben Adb el Melek (1). Merreció Omar el renombre de Virtuoso; dolido de los enemigos mismos de su alcurnia, se refiere el dicho de un schiita (2) fervoroso, El Musawi, que retrata al vivo el sumo encono que deslindaba las dos grandes divisiones del mahometismo. «¡Oh hijo de Adelaziz, exclamó el schiita al saber la muerte de Omar, si cupiere en los ojos del hombre llorar por alguno de los Omeyas, derramaran los míos lágrimas por ti, pues nos libertaste de la afrenta de la maldición (3), y si fuese dable, te rescataría yo por mi parte.»

Esmeróse El Samah, al llegar á España, en ir entonando todos los ramos de la administracion, que se hallaba todavía muy rezagada, á pesar del conato de sus antecesores, pues muchas tierras estaban mal repartidas, y los impuestos equivocadamente cargados. Había campiñas fértiles despobladas, y las tribus andaban á su antojo por las aldeas. Dedicóse el nuevo gobernador con afán á todos estos puntos, y empezó el grandioso puente de Córdoba, acabado despues por Ambesa; en fin anduvo, ó por mejor decir, fué estudiando las provincias, y empadronó por primera vez á los musulmanes en la península, enviando al califa una especie de estadística de las riquezas del país, con la descripción de sus pueblos, ríos, costas y puertos, y el guarismo aproximado de su vecindario, su comercio y sus recursos de toda especie (4).

En medio de sus luces y su ahínco tras lo mejor era El Samah un verdadero creyente, y por tanto un guerrero como las palabras de Mahoma habían hecho á tantos denodados, despreciador del peligro, esponiéndose con cabal resignación, y á veces con sumo gozo al trance de las batallas, donde la muer-

te abría de par en par el paraíso á los mártires. Deleitóse pues sobremanera con la orden de apoderarse de la Septimania, y de ir llevando el islamismo en el bote de la lanza allá lejos por la tierra de los infieles, allende las cumbres de Al Bortat; y pregónó guerra sacrosanta convocando á cuantos quisieran seguirle, por cuanto no era la guerra una precision política, sino obligacion sagrada para los religiosísimos musulmanes. Guerra, religion, vida política, vida civil ó bien casera, venian á ser indivisibles, y todo se refundía para ellos en la unidad de Dios. Junta en breve una hueste y la acaudilla.

¿Cuál venía á ser á principios del siglo VIII el estado en que se hallaba el país contra el cual se encaminaba El Samah? ¿Esta tierra de la Galia, tras tantos vaivenes, en qué manos paraba? ¿Quiénes la estaban gobernando? ¿Venía á componer un cuerpo de nacion cabal, ó constaba de varias soberanías? ¿Qué soberanías eran estas? y en fin aquellas poblaciones de idiomas y linages diversos, que habitaban á la sazón el pueblo de la Galia, del Rhin al Pirineo, ¿componian acaso un pueblo hermanado en voluntad é interés? Parece imprescindible aquí un cómputo abreviado de estas particularidades. Al Noroeste (Neustria) había un reino gobernado nominalmente por los menguados descendientes de Clodoveo. Se estaba en el tiempo de los reyes haraganos, no de Francia (puesto que ni Francia había), sino de los reyes de los franco-salianos. Había asomado á Levante un imperio nuevo. La segunda invasion de francos, no menos bárbaros que cuantos Clodoveo había traído para la conquista de la Galia septentrional dos siglos antes, acababa de avecindarse. El reino de Austrasia no tenía otro dueño que el mayordomo del palacio Karl, hijo de Pepino de Herstall. Al Mediodía, la Septimania ó Galia goda, desentendida ya de la potestad de los godos, no sabía aun á que manos iría á parar, y se hallaba imposibilitada de pertenecerse á sí misma. En fin, al Sudoeste y por el centro, un guerrero osado, militar y de gobierno. Eudon ó Eudes, se estaba esmerando en afianzar la independencia de la Aquitania, defendiéndola al mismo tiempo de los árabes y de los francos, quienes se le hacían aun mas temibles. Esta era la situacion del país cuando El Samah se descolgó de las gargantas del Pirineo con sus gabillas de árabes y bereberes, para la conquista de los valles de la Galia. Desde luego Narbona no pudo contrarestar á sus armas, rindiéndose á los veinte y ocho dias de sitio. Quedaron sojuzgadas en un embate Beziers, Magalona y Agata, y El Samah dejó desfavoridas con las armas musulmanas ambas orillas del Róda-

(1) Seguiremos espresando siempre la sucesion de los califas, hasta que la España musulmana haya contrastado por fin su autoridad.

(2) Así llaman á los secuaces de Ali, por contraposicion á los demas musulmanes, llamados *sunitas* ó de la tradicion. Aquellos dos cismas tan grandes de los musulmanes se han partido su imperio; ahora la Persia, y por lo general el Asia, es de los schiitas la Turquía, el Asia Menor, la Siria, el Egipto y toda el Africa hasta el Estrecho, de los sunitas.

(3) La maldición de Ali de que se habló arriba.

(4) Zama ulteriozem vel eiteriozem Hiberiam proprio stylo ad vectigalia inferenda describit. Prædia et manualia, vel quidquid illud est quod olim prædabiliter indivisum retemptabat in Hispania gens omnis Arabica, sorte sociis dividendo partem reliqui militibus dividendam, partem ex omni re mobili et immobili fisco associat. Isid. Pacens., Chron., c. 48.—Compárese Rodericus Toletanus, Historia arabum, p. 10.